

# El 12, el 13 y el 14 de abril de 1931, vistos desde París

LOS TIPOS DE LA COUPOLE

EL 11 de abril, por la noche, Prieto, el general Queipo de Llano y algunos otros emigrados estuvimos en La Coupole... Me cuento entre los emigrados—emigrados políticos quiero decir—sin verdadero derecho. Ni el Gobierno monárquico me perseguía ni yo le había dado motivo para que me persiguiera. Había ido a París a principios de febrero, enviado por "Ahora", a que me explicaran los líderes republicanos, expatriados después del movimiento de diciembre, cómo habían conseguido escapar de España. Hice una porción de interviús: a Prieto, a Marcelino Domingo, al general Queipo de Llano, a Franco, a Graco Marsá, al capitán Gallo, a Ramón Acín...; aunque "Ahora" no pudo publicarlas todas. Esta relación profesional con los emigrados me habituó a convivir con ellos, y llegué a ser uno más en el grupo de españoles que, con Prieto al frente, vagaba por París, de café en café, del Capoulade al Napolitain, del Napolitain a La Rotonde, de La Rotonde a La Coupole... A La Coupole de Montparnasse le teníamos más afición que a los otros. Es una cosa así como el Colonial, de Madrid, sólo que más grande y poblado por criaturas más pintorescas todavía. Menos franceses hay de todo: revolucionarios italianos, pintores españoles, estudiantes indochinos, confidentes fascistas, rusos de Stalin, rusos de Machno, rusos de Krenski, rusos de Trotsky, rusos del gran duque



La tertulia de los emigrados en el Café Napolitain.

Cirilo, poetas de América del Sur, judíos de profesión confusa, diplomáticos albaneses, espiritistas, muchachitas afectuosas, condes polacos... Prieto estaba a gusto entre esta humanidad desconcertada y turbulenta. Como buen español, "don Inda" tiene un fondo anarquista, antisocial, y siente simpatía por los tipos desbaratados que escandalizan en medio de la vida burguesa contemporánea. Una vez nos presentó a un señor, con el pecho lleno de condecoraciones extrañas, que bebía aguardiente de un modo majestuoso, y de cuando en cuando quería subirse a las mesas a cantar romanzas. Decía que era "teniente general de boy scouts". Otra vez le encontramos escuchando atentamente a un individuo, con chalina y chambergo bohemio, sentado en una mesa inmediata, que se le quejaba de que en nuestra

tertulia no nos lleváramos alguna cucharilla, lo que hacía a los camareros desconfiados e intolerantes para los parroquianos de los alrededores.

—¿Por qué han de devolverlas ustedes todas, señor?

Don "Inda", muy serio, nos excusaba:

—Pchs... Es una antigua costumbre española...

El día que entre Carlos Esplá y yo le acarreamos para secretario al caballero Carriba lo hicimos feliz. El caballero Carriba había ejercido, sucesivamente, las profesiones de fraile en un convento de Getafe, publicista y sociólogo en la Granja El Henar, de Madrid, y profesor de lenguas neolatinas del hijo del amo de un restaurante chino en París. En los últimos tiempos se ganaba la vida haciendo de indigente en las películas. Cuando en los estudios cinematográficos necesitaban una persona que hiciera de obrero inglés en la miseria o de niño ruso abandonado, lo llamaban a él y le pagaban cien francos. Llevaba melena, hongo y botines...

LAS INQUIETUDES DE DON "INDA"

Pero hablando de La Coupole se me ha ido el santo al cielo... Decía que el 11 de abril estuvimos allá, tomando café, Prieto, el general Queipo de Llano y algunos otros españoles. Luego Prieto y yo nos fuimos a la Central de Teléfonos de la Bolsa; don "Inda" acudía allí casi todas las noches a hablar con la Redacción de "El Liberal", de Bilbao, y a dictar su artículo, y, claro está, la víspera de las elecciones, la conferencia y el artículo tenían más interés que los demás días.

Hacia una noche muy buena y decidimos recorrer a pie los dos o tres kilómetros que debe de haber de Montparnasse a la plaza de la Bolsa.

Prieto no estaba de buen humor. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, la cabeza baja, silbando no sé qué musiquilla.

Como era sábado y hacía buen tiempo, "la orilla izquierda" estaba animadísima. En las terrazas de los cafés, bajo los altavoces, que cantaban "Sous les toits de Paris", se apretujaban muchedumbres abigarradas: familias burguesas, peripatéticas, manadas de ingleses venidos a pa-



Prieto ante un quiosco de periódicos del bulevar Saint-Michel.



Marcelino Domingo en su cuarto del Hotel Malherbe.

sar el "fin de semana", negros de "smoking", estudiantes bullangueros... Don "Inda", que habitualmente examinaba con mucha curiosidad estas escenas callejeras y les dedicaba observaciones pintorescas, no levantaba la cabeza, sumido en sus preocupaciones.

—Eso de Barcelona...—le oí gruñir entre dientes, como hablando consigo mismo. Y no dijo más.

"Eso de Barcelona..." era una de las cavilaciones de los republicanos de París por aquellos días. Habían llegado noticias de que las fuerzas antimonárquicas barcelonesas no habían conseguido ponerse de acuerdo y se aventuraban divididas a la lucha electoral frente a la Lliga, que aún parecía poderosa... Valencia era otro motivo de inquietud. En Valencia, la única gran ciudad española en la que el republicanismo histórico se había mantenido siempre firme, en Valencia, la tierra de Blasco, la Meca republicana, había estallado, de pronto, un cisma en el Partido... ¿Y Sevilla? ¿Se ganarían las elecciones en Sevilla? ¿Y en Cartagena? ¿Y en Alicante? ¿Y en Zaragoza?... Había quien temía que proporcionara una decepción el escrutinio de Madrid...

A primera vista, estas aprensiones parecen incomprensibles. ¿Cómo dudar de la victoria republicana en aquellas vísperas de las elecciones municipales, cuando millones de personas se manifestaban por la República en toda España, cuando a los jefes del movimiento de diciembre los llevaban en triunfo por las ciudades, cuando los generales y los altos funcionarios del Estado se pasaban, en grupos, a las filas republicanas, cuando los monárquicos, acobardados, apenas si oponían una tibia resistencia? Precisamente que la victoria pareciera tan evidente es, creo yo, lo que les hacía desconfiar a algunos líderes republicanos. Si don Alfonso y los políticos monárquicos presenciaban aquel gran alzamiento con los brazos cruzados, ¿no sería porque tuvieran algún recurso de última hora para dominarlo o para descarriarlo? Hay en el espíritu de toda persona razonable propensión a sobrestimar las fuerzas incógnitas del adversario. Y supongo yo

que turbaría a Marcelino Domingo y a Prieto, lo mismo que a los otros jefes republicanos. El aplomo con que los monárquicos marchaban a una derrota aparentemente segura no creían que se lo diera la inconsciencia o la impotencia, sino algún misterioso, invencible poder.

Repito que este proceso psicológico no es más que una conjetura mía. Dudo de que un hombre tan dinámico como Prieto sea dado a la introspección, entretenimiento de literatos gandules: si lo es, a mí no me comunicó sus reflexiones. Silbando salió de La Coupole y silbando llegó a Teléfonos y se metió en la cabina a hablar con Bilbao.

Desde la sala de Prensa, donde me quedé esperándole, le oía dictar su artículo:

"Ninguna elección de todas aquellas en que he intervenido alcanzó la trascendencia que reviste la de hoy"... "Y no es que yo espere que de las urnas vaya a salir hoy la revolución, pero el escrutinio de esta tarde..." "¡Ojalá que el coraje vuestro haga que esta noche se desborde la



Un grupo de emigrados republicanos en París. De izquierda a derecha: Ramón Acín, César Falcón, Prieto, Cefirino Palencia, Graco Marsá, el capitán Gallo y el Sr. Jarne.

alegría en los corazones de un grupo de desterrados!"...

Luego llegaban retazos de su conversación con el compañero bilbaíno:

—¿Eh?... Sí, claro... ¿Qué? ¿Entusiasmo?... ¡Naturalmente!... ¿En toda España?...

Cuando salió de la cabina era otro hombre. Estaba animado, locuaz.

—¿Qué? ¿Buenas noticias?

—¡Magníficas! Magníficas de todas partes. En Bilbao, seguro un triunfo formidable... ¡Qué gran pueblo es Bilbao! ¡Es el pueblo de más sensibilidad y de más conciencia política de toda España!... Pero no crea usted que digo esto por interés de partido, en alabanza de los socialistas sólo. No. Es que es la verdad. Los partidos bilbaínos, todos, son modelos de organización y de entusiasmo y de inteligencia. Allí todo el mundo tiene ideas políticas claras y trabaja y se sacrifica por ellas. ¡Todos!: socialistas, católicos, republicanos, carlistas, nacionalistas...

La alegría de don "Inda" se desbordaba en alabanzas de su pueblo adoptivo: todo el camino de vuelta a nuestro barrio me fué ponderando a Bilbao; su belleza, su clima, su laboriosidad, su energía, su civismo...

¡SE HAN GANADO LAS ELECCIONES!

¿Qué hice yo el 12 de abril de 1931 hasta las siete de la tarde? No me acuerdo. En absoluto, no me acuerdo. Supongo que estaría con la imaginación ocupada por las elecciones y que andaría buscando ansiosamente noticias de España; pero la verdad es que no lo sé: el 12 de abril se me ha perdido en los desvanes de la memoria. A pocos españoles adultos les habrá pasado eso, ¿verdad?

En cambio, creo que si le tuviera que explicar a un juez mi vida en las cincuenta horas siguientes a la jornada electoral, lo podría hacer minuto por minuto. El tiempo, desde las siete de la tarde del 12 de abril hasta las nueve de la noche del 14, se me aparece como iluminado por una brusca y violenta llamarada de magnesio.

A las siete de la tarde del día de las elecciones fui al Hotel Malherbe, a comer, convidado por los amigos que estaban allí: Prieto, Marcelino Domingo, el general Queipo de Llano y los aviadores Hidalgo de Cisneros y Martínez de Aragón. En el Hotel Malherbe era donde, naturalmente, se iba a recoger la información de las elecciones: se habían concertado conferencias telefónicas con las principales ciudades de Espa-

ña, y, además, se había publicado en los periódicos republicanos una nota pidiendo a los correligionarios de todo el país que enviaran noticias del modo que pudieran.

Antes de que acabáramos de comer sonó el timbre del teléfono.

Don "Inda" se puso en pie de un brinco, y, tirando la servilleta, el cuchillo, el tenedor y una fruta a medio mondar, echó a correr hacia la cabina.

Todos le seguimos.

Era Madrid, quien llamaba.

—¿Queeee?

Prieto se encorvaba ávidamente sobre el teléfono, como si en el fondo de la bocina estuvieran visibles las noticias.

—¿Eeeeh?

Marcelino Domingo, el general, el señor Chastang, Cisneros, Angel Pastor, Aragón, César Falcón y yo, apelonados a la puerta del locutorio, mirábamos la cara de don "Inda", a ver si podíamos inferir, por su expresión, si era agradable o no lo que le decían.

Así estuvimos tres minutos, sin movernos, sin respirar.

Por fin, Prieto soltó el auricular.

—No hay datos exactos aún; pero todo va bien, por lo visto. En Madrid parece que se ha triunfado por una mayoría aplastante, y en casi todos los pueblos de los alrededores, Alcalá, Carabanchel, Vallecas, Chamartín, Canillas, también. De Barcelona, Valencia, Sevilla y Bilbao hay buenas impresiones... Volverán a llamar dentro de un rato para dar más información.

Quizá el rato no fuera más que de media hora, pero se nos hizo muy largo. Andábamos de un lado para otro por el comedor y el salón del hotel, iniciando diálogos que no seguíamos, encendiendo pitillos que en seguida tirábamos, mascullando exclamaciones incoherentes.

—¡Demonio, entonces!

—¡Mira que sí...!

Cuando sonó el timbre de nuevo, nos precipitamos sobre la cabina.

Prieto, que se había restituido aquella noche a su antigua profesión de taquígrafo, se ajustó los auriculares, extendió las cuartillas sobre el pupitre, se sentó y empezó a escribir lo que Madrid decía...

¿Qué era?... Bien tratábamos de averiguarlo, mirando por encima del hombro de don "Inda", pero don "Inda" no trazaba más que garabatos indescifrables... Allí nos apretujábamos a su al-



Prieto y Domingo leyendo los telegramas en los que se les comunicaba el triunfo electoral republicano.

rededor quince o veinte personas, anhelantes, espiando sus gestos, tratando de cazar una palabra, una exclamación, algún indicio de lo que sucediera...

Ahora la conversación se prolongaba mucho más que cuando la primera llamada. Pasaron tres minutos y don "Inda" seguía inclinado sobre las cuartillas... Y pasaron seis, y seguía... Y pasaron nueve... Y pasaron doce...

Bruscamente, casi sin despedirse de su interlocutor, se arrancó los auriculares y se puso de pie.

—¡Un triunfo enorme!—anunció con su vozarrón, que llegó hasta los últimos rincones del hotel—. ¡Un triunfo enorme! En Madrid hemos arrollado, con una mayoría aplastante, a los monárquicos. Podríamos haber copado... En Barcelona, la izquierda de Maciá y los republicanos han vencido a la Lliga... En Sevilla, la Conjunción republicano-socialista ha conseguido treinta y dos actas, de cincuenta. En Zaragoza ha ocurrido lo mismo... Tenemos mayoría en Valladolid, en Córdoba, en Toledo, en Segovia, en Cuen-

ca, en Zamora, en Salamanca, en Huelva, en Soria, en Guadalajara, en Cartagena, en Palencia, en Teruel, en León, en Ciudad Real, en Albacete, en Jaén, en Almería, en Málaga, en Huesca... En todas las capitales y pueblos importantes de Castilla, de Murcia, de Andalucía y de Aragón... Se sabe que en el resto de España se ha vencido también... Van a seguir dando noticias...

El vestíbulo del hotel, los pasillos, el salón y el comedor se iban llenando de gente. Llegaban los emigrados de diciembre, llegaban amigos y correligionarios de la colonia, periodistas, trabajadores de los mercados, comerciantes, artistas, empleados; llegaban de la "banlieu", de Saint-Denis y de Issy grupos de militantes de las organizaciones socialistas españolas... En medio de esta muchedumbre, de pie ante una mesa, Prieto le dictaba la información al caballero Carriba, que la escribía a máquina, y las hojas del periódico que elaboraban así corrían de mano en mano por toda la casa, entre un jubiloso vocerío.

De cuando en cuando, el timbre del teléfono llamaba y Prieto corría a la cabina a recoger más información.

—¡En Bilbao, victoria total! En uno de los distritos hemos copado... En San Sebastián, otra gran victoria...

—¡En Valencia, treinta y dos puestos, de cincuenta!... En Alicante, una mayoría imponente... Y en Castellón... Y en Lérida, y en Tarragona, y en Gerona... Y en Galicia... Y en Asturias...

POR TELÉGRAFO Y POR TELÉFONO...

Me acosté a las cinco de la mañana, pero a las nueve ya estaba otra vez en el Hotel Malherbe. En la habitación de Prieto, él, Marcelino Domingo y el comandante Hidalgo de Cisneros braceaban, sumergidos en un océano de telefonemas y telegramas. Había montones sobre las mesas y las sillas, por la cama, en los suelos... Había centenares, millares...

Y venían de todas partes de España, de grandes poblaciones, como de zonas rurales que se hubiera creído muy sujetas al régimen, firmados por las más diversas gen-



Banquete que dieron en un café de la orilla izquierda del Sena los emigrados políticos al actual subsecretario de Gobernación, don Carlos Esplá (x).

blo culto las instituciones más altas del Estado, los órganos oficiales de Gobierno y los institutos armados: a todos es forzoso someterse a la voluntad nacional... En nombre de... España... declaramos que hemos de actuar con energía y presteza, a fin de dar inmediata efectividad a sus afanes, implantando la República..."

¿LA REPÚBLICA EN ESPAÑA?

"Se ha proclamado la República en Eibar..." Serían las once de la mañana del día 14 cuando llegó esta noticia. Y ya, desde aquel momento, no paramos de recibir noticias: "Se ha proclamado la República en Barcelona..." "Se va a establecer una dictadura militar..." "Se ha proclamado la República en Zaragoza..." "El rey ha abdicado en su hijo tercero..." "El pueblo de Madrid se ha echado a la calle..."

Esos ecos que, como lejanos estampidos, nos llegaban sin cesar de la batalla entablada ya en España, exaltaban a los emigrados, hombres de acción casi todos. "¡Vámonos a España!" "¡Hay que ir inmediatamente a España!", gritaban, recorriendo a zancadas los pasillos del Hotel Malherbe.

A las cuatro de la tarde, Domingo y Prieto salieron para ir a ver al señor Alba, con el que estaban citados en el hotel, que creo que era uno de la avenida de los Campos Eliseos.

Apenas irse llamó el teléfono de Madrid.

Acudió Hidalgo de Cisneros.

—¿Eh?

—Aquí, Ceferino Palencia.

—¿Qué hay?

—¿Se ha proclamado la República en Madrid!

—¿Queeee?

—Que se ha proclamado la República... Que el Poder está en manos de Alcalá Zamora...

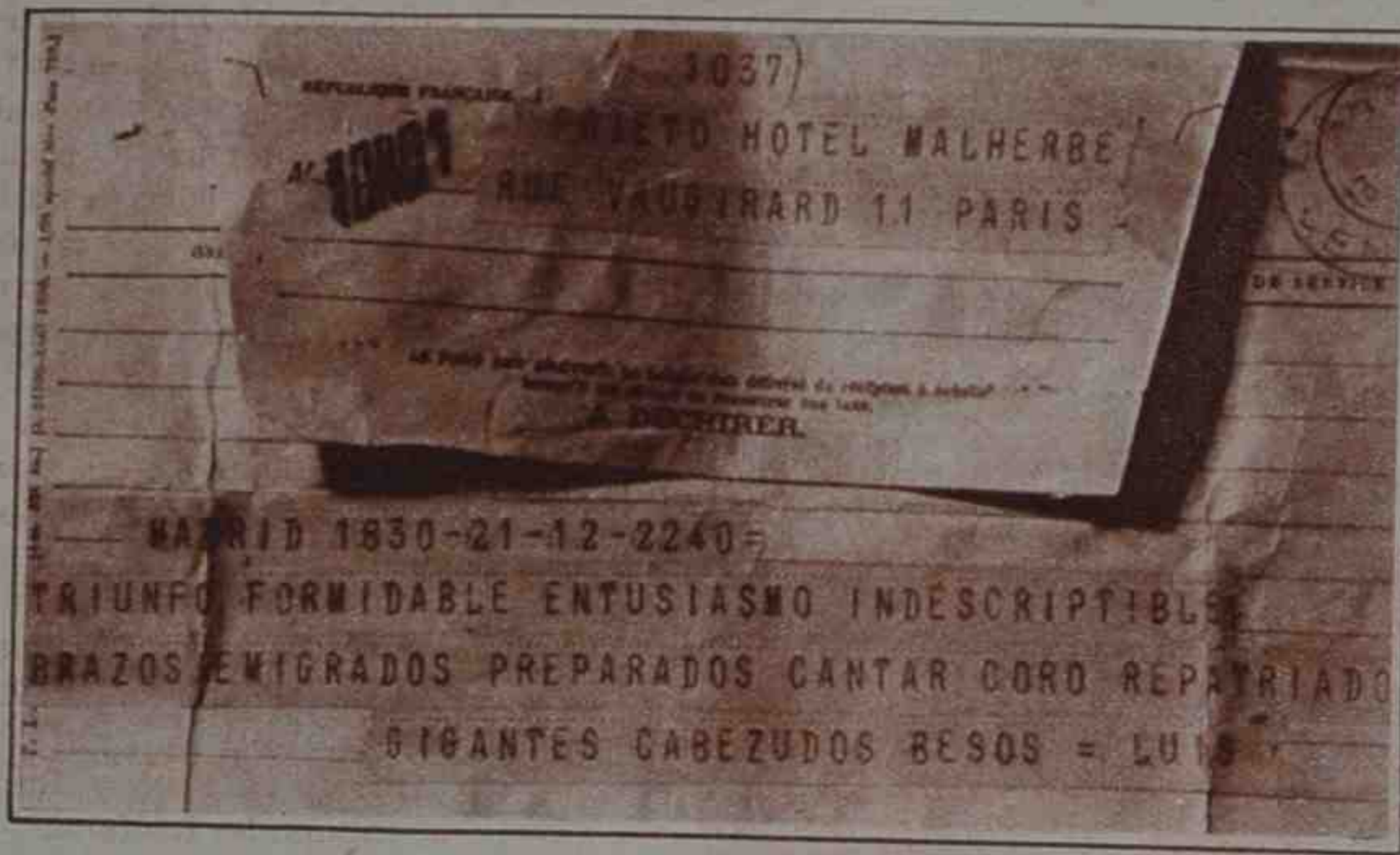
—¿Queeee?

—¿Que España es República desde este momento!

El Hotel Malherbe es una pulcra y entonada pensión de familia, escondida en un barrio tranquilo, a la sombra venerable del Palacio del Senado. Lo habitan principalmente viejas señoras anglosajonas delicadas de salud. ¡Pobrecillas, y qué susto les debimos de dar el día 14 de abril, a las cuatro y cuarto de la tarde!... Figúrense ustedes cincuenta celtíberos, que rompen de pronto a vocear, a manotear, a dar brincos, a gritar

"¡Viva la República!", a correr de un lado para otro, medio enloquecidos...

Domingo y Prieto, a los que se llamó en seguida al hotel del señor Alba, se resistían a aceptar la noticia. Ceferino Palencia— el excelente compañero que ahora es gobernador de Guadalajara— nos había asegurado una noche, meses atrás, en el Napolitain, que al día siguiente iba a estallar una gran sublevación antimonárquica en Madrid, y como no estalló, había perdido entre nosotros



Telegrama del hijo de Prieto comunicándole a su padre el resultado de las elecciones.

tes, con cien tonos distintos, los unos elocuentes, los otros zumbones, los otros calurosos, pero todos dando la misma noticia: la noticia de la victoria.

"Triunfo formidable—decía uno de los que aún tengo a mano, dirigido a don "Inda" por su hijo Luis—. Entusiasmo indescriptible. A brazos emigrados. Preparados cantar coro "Repatriados" de "Gigantes Cabezudos". Besos. Luis."

Nous avons écrasé Romanones — declaraban altivamente desde Guadalajara—. Sur vingt conseillers a passé toute entière la lista republicaine socialiste compose de quatorze. Groupement socialiste.

¿Por qué los socialistas de la Alcarria se creían en el caso de comunicarse en francés con don "Inda" que "yé d'Ovieu"? Ahora, releyendo el parte me lo pregunto; pero aquel día, 13 de abril, bajo las montañas de papel que los ordenanzas de Telégrafos y Teléfonos echaban sobre nosotros, los dioses saben que no teníamos tiempo ni ánimo para plantearnos problemas filológicos. ¡Si se tenía la impresión de que estaban hablándonos a la vez los veintitantos millones de españoles!

"Abrazo apretadísimo a todos", exclamaba Marañón.

"Constituyen Ayuntamiento Jaca catorce concejales. Diez republicanos socialistas, setecientos votantes. Cuatro monárquicos por ciento cuarenta votantes", gritaba, desde la cárcel, don Pío Díaz, primer alcalde republicano de España, el que estuvo al frente del Municipio de Jaca cuando el alzamiento de diciembre.

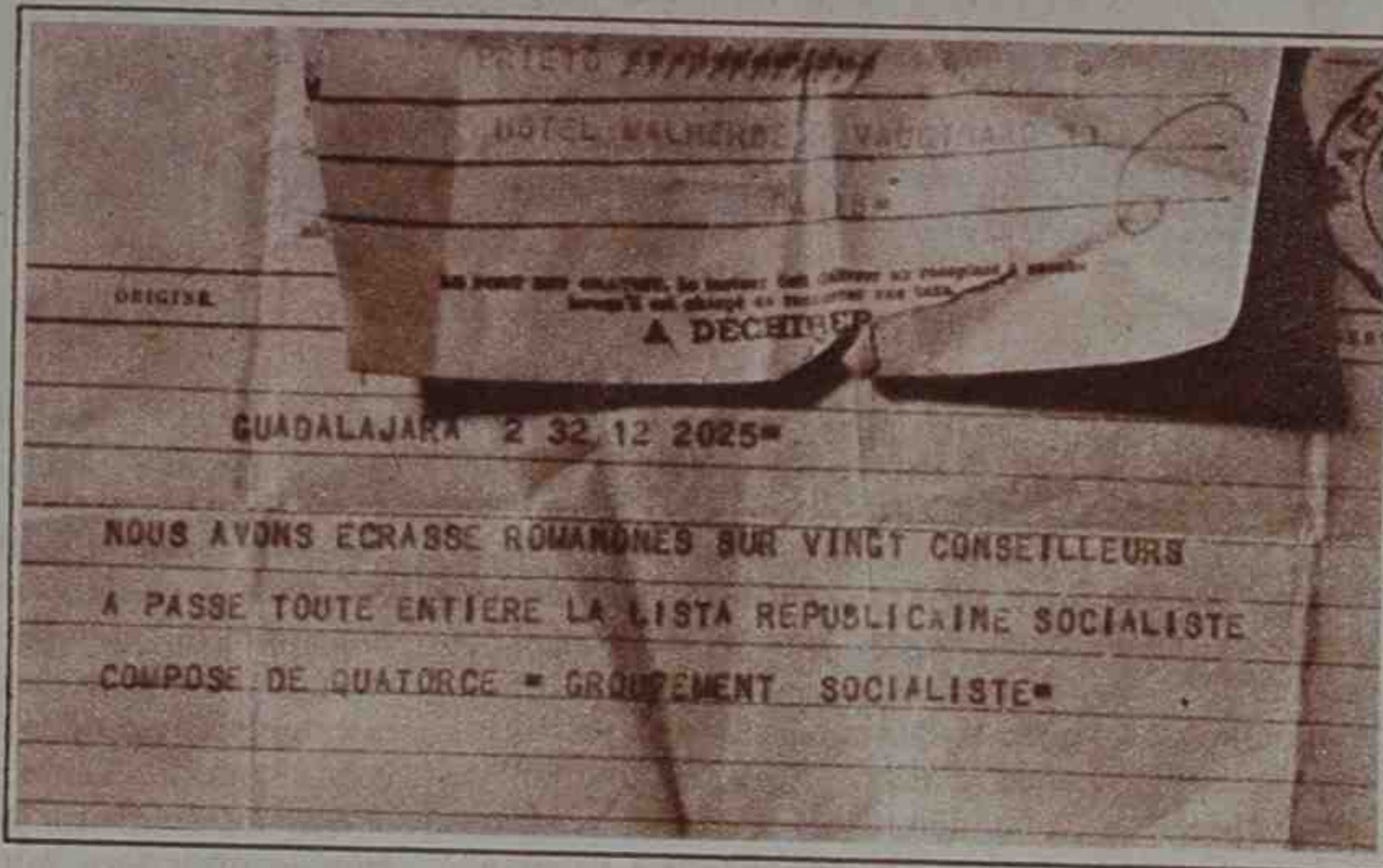
"Ayuntamiento Langreo, veintisiete antimonárquicos y un cavernícola" avisaban de Asturias...

"Cuenca tachada levítica, mayoría antimonárquica. Grandiosa manifestación pro amnistía", decía una voz castellana.

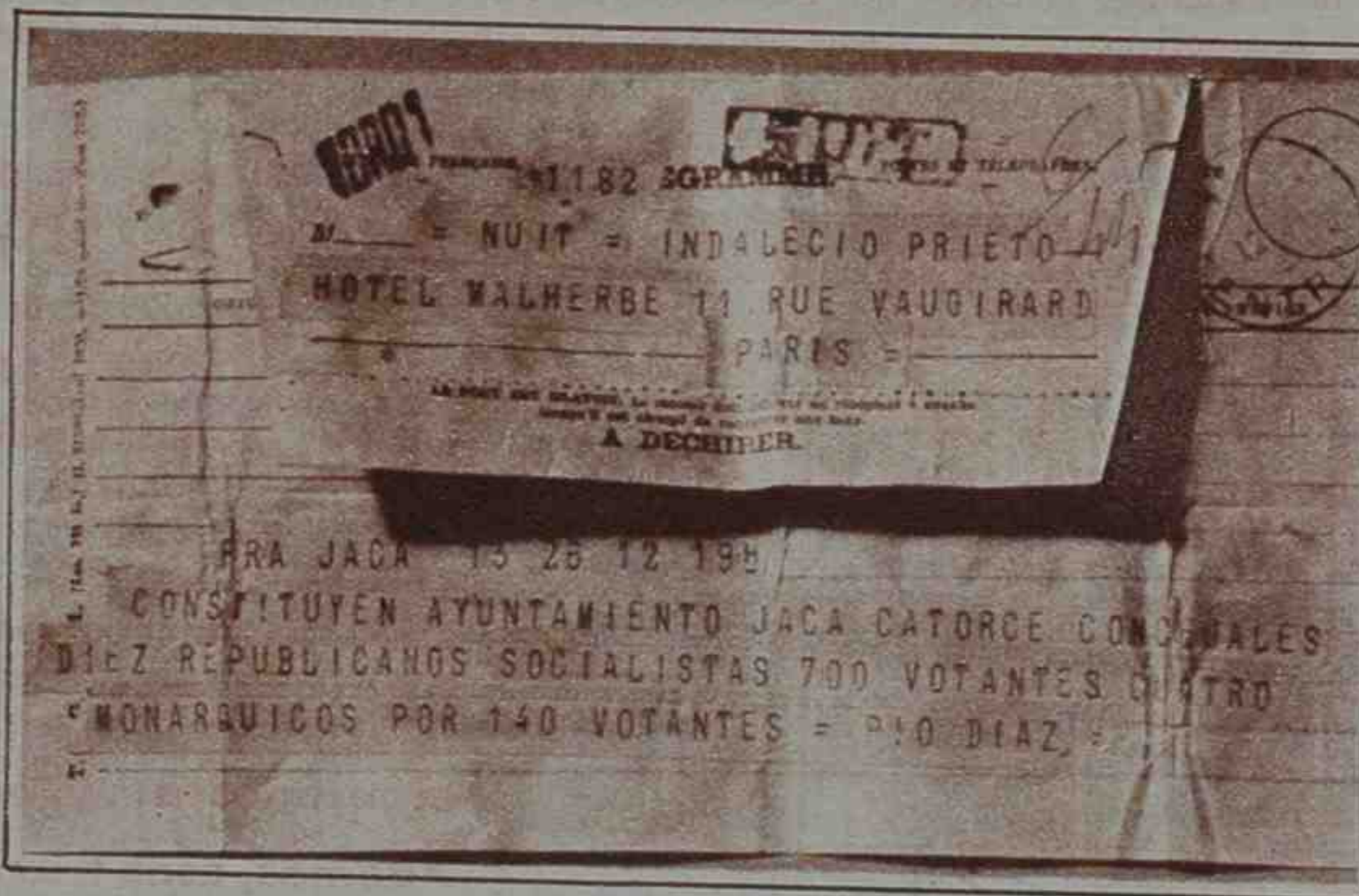
Abandonando un momento los partes, bajábamos, de vez en cuando, a la calle a comprar periódicos. Conforme avanzaba el día, las titulares que anunciaban los acontecimientos de España eran más grandes, más llamativas: "Las elecciones españolas..." "La grave crisis de España..." "¿Está en peligro el régimen monárquico en España?..."

Las últimas ediciones de los periódicos de la noche publicaban el manifiesto que Alcalá Zamora y los demás jefes de la Conjunción Republicano-socialista acababan de lanzar exigiendo la inmediata proclamación de la República:

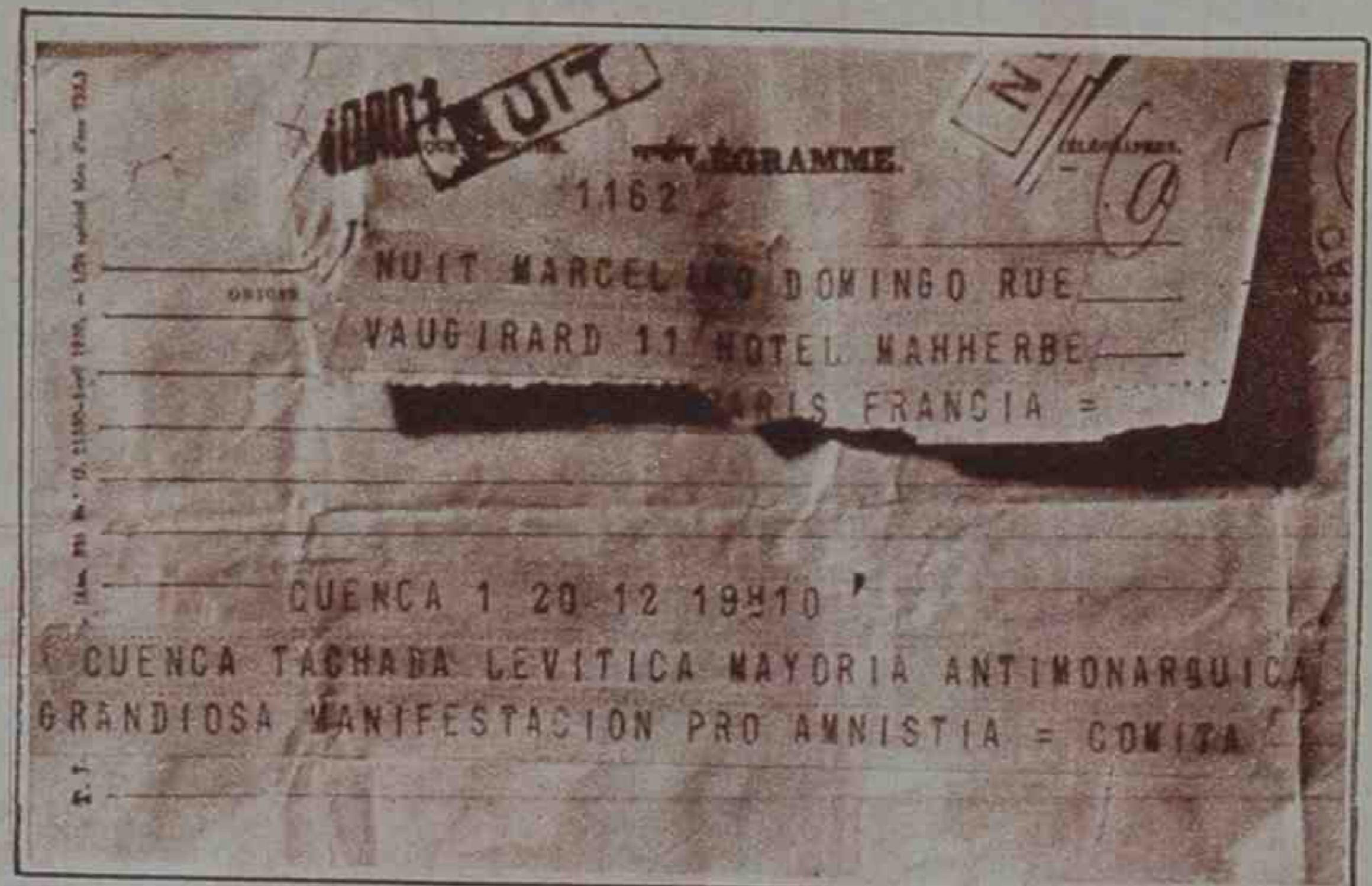
"La representación de las fuerzas republicanas y socialistas, coligadas para una acción conjunta, siente la ineludible necesidad de dirigirse a España... La votación de las capitales españolas y principales núcleos urbanos ha tenido el valor de un plebiscito, desfavorable a la Monarquía y favorable a la República, y ha alcanzado, a su vez, las dimensiones de un veredicto de culpabilidad contra el titular del supremo Poder... Invocamos los supremos valores civiles a que rinden acatamiento en todo pue-



La Agrupación Socialista de Guadalajara le puso este parte a Prieto.



También el primer alcalde de la República, don Pío Díaz, telegrafió a Prieto el triunfo electoral.



Y el Comité republicano de Cuenca envió este telegrama a Marcelino Domingo.

su buena reputación informativa. Le solíamos gastar bromas acerca de eso.

—¡Hum!—nos gruñía don "Inda" desde el teléfono del señor Alba—. Ceferino Palencia es un "mitómano"... No lo creo...

Pero a los pocos minutos llegaron, en un "taxi", él y Domingo. Acababan de comunicar con la Agencia Havas.

—Sí... Sí... Es verdad... ¡La República!...

Estaban emocionados. A Marcelino, trémulo, le brillaban las gafas. Don "Inda" tenía los ojos cuajados de lágrimas.

El teléfono de Madrid llamaba sin cesar, dando más noticias del movimiento, pidiendo que Prieto y Domingo, ministros del Gobierno provisional, salieran en seguida para ocupar sus puestos.

Se decidió que ellos dos tomaran el tren aquella noche, y que al día siguiente partieran los demás emigrados.

Mientras apresuradamente se acordaban estas cosas y se hacían las maletas, reporteros de todos los periódicos del mundo, fotógrafos, operadores de cine, invadían el hotel. Entreviuvaban y retrataban primero a Prieto, Domingo, Queipo de Llano y Franco, claro está. Pero eso no les bastaba, y les pedían declaraciones y autógrafos a toda criatura que encontraban por la casa: hasta a las viejas inglesas; hasta a la camarera que les entraba, por las mañanas, el café con leche a los emigrados... Las noticias de Es-

paña debían de estar cayendo como bombas sobre París. Veíamos pasar, corriendo, por debajo de los balcones, vendedores, que voceaban extraordinarios de los periódicos con "la revolución española". Las gentes estaban consternadas o indignadas. "¡Tan simpático!"... "Tan gentil"..., se oía decir a las muchachas mirando, enternecidas, el retrato de don Alfonso. En "La Liberté", su director, monsieur Camille Aymard, me acuerdo que exclamaba, colérico: "¿Pero es que ese rey no tiene arena en sus almacenes para enarenar las

calles de Madrid y hacer cargar sobre la chusma?" Al salir Prieto y Domingo para tomar el coche que había de llevarles a la estación, a la puerta del hotel había un gran grupo de amigos y curiosos. —¡Adiós!... ¡Adiós!... El automóvil echaba a andar, cuando un mozo salió corriendo del Malherbe: —¡Mon si eur Prieto!... ¡Monsieur Prieto! ¡Llama de Madrid monsieur Zamora!... Prieto se apeó y fué a la cabina del teléfono. Al cabo de un momento, volvió silbando su musiquilla de los momentos de malhumor. —¿Qué pasa? —Pchs... Poca cosa. Que dice Díaz Berrio, el secretario de don Niceto, que ahora resulta que el rey se niega a marcharse... —¡Demonio!, pero entonces ¿qué va a suceder?... —Hombre, pueden suceder dos cosas—explicó don "Inda", mientras se acomodaba en su asiento del "taxi"—: puede suceder que lo echen y que no lo echen. Si lo echan, mañana, por la noche, llegaremos triunfalmente a la estación de Madrid. Si no lo echan, mañana, por la mañana, llegaremos tristes a la cárcel de Irún. Sonrió, se frotó las manos, como si la situación le divirtiera mucho, y, volviéndose hacia el chofer, dijo: —A la estación d'Orsay.

VICENTE SANCHEZ-OCAÑA



Prieto recibiendo la noticia de la proclamación de la República.

Vicente



## Por la salud y la belleza

Con las fricciones de Agua de Colonia Añeja quema usted las grasas, conserva la esbeltez de la línea, los nervios firmes, y el bienestar y la agilidad del cuerpo.

Además, esas fricciones con guante ruso, en lugar del baño o después de él, en todo el cuerpo, pero principalmente en el pecho y la espalda, fortalecen y perfuman, preservan de resfriados y dan firmeza al cutis.

La calidad de la Colonia Añeja y sus virtudes tónicas especiales, son debidas a su alcohol puro de 90 grados, a sus esencias naturales escogidas, de flores, frutas y plantas, y a su concentración por envejecimiento.

# Agua de Colonia AÑEJA

FRASCO, 2,50  
LITRO, 15 PTAS.  
TIMBRE APARTE

PERFUMERÍA GAL.-MADRID.-BUENOS AIRES